

*Versión corregida por César Coca Vargas*

## **DISCURSO EN LOOR DE LA POESÍA<sup>1</sup> (1608)**

La mano y el favor de la Cirene,  
a quien Apolo amó con amor tierno;  
y el agua consagrada de Hipocrene,

y aquella lira con que del Averno  
Orfeo libertó su dulce esposa,  
suspendiendo las furias del infierno;

la célebre armonía milagrosa  
de aquel cuya testudo pudo tanto,  
que dio muralla a Tebas la famosa;

el platicar suave, vuelto en llanto  
y en sola una voz, que a Júpiter guardaba,  
y a Junio entretenía y daba espanto;

quisiera que alcanzaras, Musa mía,  
para que en grave y sublimado verso  
cantaras en loor de la Poesía.

Que ya el vulgo rústico, perverso,  
procura aniquilarla, tú hicieras  
su nombre eterno en todo el universo.

Aquí, Ninfas del Sur, venid ligeras;  
pues que soy la primera que os imploro,  
dadme vuestro socorro las primeras.

Y vosotras, Pimpleides, cuyo coro  
habita en Helicón, dad largo el paso,  
y abrid en mi favor vuestro tesoro;

---

<sup>1</sup> Título del original: *Discurso en loor de la poesía, dirigido al Autor y compuesto por una señora principal d'este Reyno, muy versada en la lengua Thoscana y Portuguesa, por cuyo mandamiento, y por justos respetos no se escribe su nombre con el qual (por ser de una eróica dama) fué justo dar principio a nuestras eróicas epístolas.* Presentado así en el libro *Parnaso Antártico* de Mexía de Fernangil

de el agua medusea dadme un vaso,  
y pues toca a vosotras, venid presto,  
olvidando a Libetros y a Parnaso.

y tú, divino Apolo, cuyo gesto  
alumbra al orbe, ven en un momento,  
y pon en mí de tu saber el resto.

Inflama el verso mío con tu aliento,  
y en l'agua de tu trípode lo infunde,  
pues fuiste de él principio y fundamento.

¿Mas en qué mar mi débil voz se hunde?  
¿A quién invoco? ¿Qué deidades llamo?  
¿Qué vanidad, que niebla me confunde?

Si, ¡oh gran Mexía! En tu esplendor me inflamo,  
si tú eres mi Parnaso tú mi Apolo,  
¿para qué a Apolo y al Parnaso aclamo?

Tú en el Perú, tú en el Austrino polo,  
eres el Delio, el Sol, el Febo santo;  
sé, pues, mi Febo, mi Sol y Delio solo.

Tus huellas sigo, al cielo me levanto  
con tus alas; definiendo a la poesía:  
Fébada tuya soy, oye mi canto.

Tú me diste precepto, tú la guía  
me serás, tú que honor eres de España,  
y la gloria del nombre de Mexía.

Bien sé que con intentar esta hazaña  
pongo un monte, mayor que Etna el nombrado,  
en hombros de mujer, que son de araña;

mas el grave dolor que me ha causado  
ver a Helicona en tan humilde suerte,  
me obliga a que me muestre tu soldado.

Que en guerra que amenaza afrenta o muerte,  
será mi triunfo tanto más glorioso  
cuanto la vencedora es menos fuerte.

Después que Dios con brazo poderoso  
dispuso el caos y confusión primera,  
formando aqueste mapa milagroso;

después que en la celeste vidriera  
fijó los signos, y los movimientos  
del Sol compuso en su admirable esfera;

después que concordó los elementos  
y cuanto en ellos hay, dando precepto  
al mar que no rompiese sus asientos;

recopilar queriendo en un sujeto  
lo que criado había, al hombre hizo  
a su similitud, que es bien perfecto,

de frágil tierra y barro quebradizo  
fue hecha aquesta imagen milagrosa,  
que tanto al autor suyo satisfizo,

y en ella con su mano poderosa  
epilogó de todo lo criado  
la suma, y lo mejor de cada cosa.

Quedó del hombre Dios enamorado,  
y dióle imperio y muchas preeminencias,  
por Vicediós dejándole nombrado.

Dotóle de virtudes y excelencias,  
adornólo con artes liberales,  
y dióle infusas por su amor las ciencias.

Y todos estos dones naturales  
los encerró en un don tan eminente,  
que habita allá en los coros celestiales.

Quiso que aqueste don fuese una fuente  
de todas cuantas artes alcanzase  
y mas que todas ellas excelentes;

de tal suerte, que en él se epilogase  
la humana ciencia, y ordenó que el darlo  
a solo el mismo Dios se reservase;

que lo demás pudiese él enseñarlo  
a su hijos, mas que este don precioso  
sólo el que se lo dio pueda otorgarlo.

¿Qué don es éste? ¿quién el más grandioso  
que por objeto a toda ciencia encierra,  
sino el metrificar dulce y sabroso?

El don de la poesía abraza y cierra,  
por privilegio dado de la altura,  
las ciencias y artes que hay acá en la tierra,

esta las comprende en su clausura,  
las perfecciona, ilustra y enriquece,  
con su melosa y grave compostura.

Y aquel que en todas ciencias no florece,  
y en todas artes no es ejercitado,  
el nombre de poeta no merece,

y por no poder ser que esté cifrado  
todo el saber en uno sumamente,  
no puede haber poeta consumado.

Pero serálo aquel más excelente  
que tuviera más alto entendimiento  
y fuere en más estudios eminente.

Pues ya de la Poesía el nacimiento  
y su primer origen ¿fue en el suelo?  
¿o tiene en la tierra el fundamento?

¡Oh Musa mía!, para mi consuelo  
dime dónde nació, que estoy dudando.

¿Nació entre los espíritus del cielo?

Estos a su criador reverenciando  
compusieron aquel Trisagio trino,  
que al trino y uno siempre están cantando.

Y como la poesía al hombre vino  
de espíritus angélicos perfectos,  
que por conceptos hablan de continuo,

los espirituales, los discretos  
sabrán más de poesía, y será ella  
mejor mientras tuviere más conceptos.

De esta región empírea, santa y bella  
se derivó en Adán primeramente,  
como la lumbre deífica en la estrella.

¿Quién duda que, advirtiéndolo, allá en la mente  
las mercedes que Dios hecho le había  
porque le fuese grato y obediente,

no entonase la voz con melodía,  
y cantase a su Dios muchas canciones  
y que Eva alguna vez la ayudaría?;

y viviendo después entre terrones,  
comiendo con sudor por el pecado,  
y sujeto a la muerte y sus pasiones;

estando con la reja y el arado,  
¿qué elegías compondría de tristeza,  
por verse de la gloria desterrado?

Entro luego en el mundo la rudeza  
con la culpa; hincharon las maldades  
al hombre de ignorancia y de bruteza;

dividiéronse en dos parcialidades  
las gentes; siguió a Dios la más pequeña,  
y la mayor a sus iniquidades.

La que siguió de Dios el bando y seña,  
toda ciencia heredó, porque la ciencia  
fundada en Dios al mismo Dios enseña.

Tuvo también y en suma reverencia  
al don de la Poesía, conociendo  
su grande dignidad y su excelencia.

Y así el dichoso pueblo, en recibiendo  
de Dios algunos bienes y favores,  
le daba gracias, cantos componiendo.

Moisés, queriendo dar sumos loores,  
y la gente hebrea, a Dios eterno,  
por ser de los egipcios vencedores,

el cántico hicieron dulce y tierno  
(que el Exodo celebra) relatando  
cómo el rey Faraón bajó al infierno.

Pues ya cuando Jahel privó del mando  
y de la vida a Síara animoso,  
a Dios rogando y con el mazo dando.

¡Qué poema tan grave y sonoro  
Barac el fuerte y Débora cantaron,  
por ver su pueblo libre y victorioso!

La muerte de Goliat celebraron  
las matronas con versos de alegría,  
cuando a Saúl con ellos indignaron.

El rey David sus salmos componía,  
y en ellos del gran Dios profetizaba;  
¡de tanta majestad es la poesía!

El mismo los hacía y los cantaba:  
y más que con retóricos extremos  
a componer a todos incitaba.

¿Nuevo cantar a nuestro Dios cantemos  
(decía) y con templados instrumentos  
su nombre bendigamos y alabemos.

¿Cantadle con dulcísimos acentos,  
sus maravillas publicando al mundo,  
y en él depositad los pensamientos?

También Judit, después que al tremebundo  
Holofernes cortó la vil garganta,  
Y morador lo hizo del profundo,

Al cielo empíreo aquella voz levanta,  
Y dando a Dios loor por la victoria,  
Heroicos y sagrados versos canta.

Y aquellos que gozaron de la gloria  
En Babilonia estando en medio el fuego  
Menospreciando vida transitoria,

Las voces entonaron con sosiego,  
Y con metros al Dios de las alturas  
Hicieron fiesta, regocijo y juego.

Job sus calamidades y amarguras  
Escribió en verso heroico y elegante;  
Que a veces un dolor brota dulzuras.

A Jeremías dejó, aunque más cante  
Sus trenos numerosos, que ha llegado  
Al Nuevo Testamento mi discante.

La Madre del Señor de lo criado,  
¿no compuso aquel canto que enternece  
al corazón más duro y obstinado?

¿A su señor mi ánima engrandece,  
y el espíritu mío de alegría  
se regocija en Dios y le obedece?

¡Oh dulce Virgen, ínclita María!  
no es pequeño argumento y gloria poca  
esto para estimar a la Poesía:

Que basta haber andado en vuestra boca  
para darle valor, y a todo cuanto  
con su pincel dibuja, ilustra y toca.

¿Y qué diré del soberano canto  
de aquel a quien, dudando allá en el templo,  
quitó la habla el Paraninfo santo?

a ti también, ¡oh Simeón!, contemplo,  
que abrazado a Jesús con brazos píos,  
de justo y de poeta fuiste ejemplo.

El Hossana cantaron los judíos  
a aquel a cuyos miembros con la lanza  
después dejaron de calor vacíos,

mas ¿para qué mi musa se abalanza  
queriendo comprobar cuánto a Dios cuadre  
que en metro se le dé siempre alabanza?

Pues vemos que la Iglesia nuestra madre  
con salmos, himnos, versos y canciones  
pide mercedes al Eterno Padre.

De aquí los sapientísimos varones  
hicieron versos griegos y latinos  
de Cristo, de sus obras y sermones.

Mas ¿cómo una mujer los peregrinos  
metros del gran Paulino y del hispano  
Juvenco alabará siendo divinos?

De los modernos callo a Mantuano,  
a Fiera, a Sannazaro, y dejo a Vida,  
y al honor de Sevilla, Arias Montano.

De la parcialidad que desasida  
quedó de Dios, negando su obediencia  
es bien tratar, pues ella nos convida.

Esta, pues, se apartó de la presencia  
se Dios, y así quedó necia, ignorante,  
bárbara, ciega, ruda y sin prudencia.

Seguía su soberbia el arrogante,  
amaba la crueldad el sanguinoso,  
y el avariento el oro rutilante.

Era Dios la lujuria del vicioso,  
adoraba el ladrón en la rapiña,  
y al honor daba incienso el ambicioso.

No habría deidad ni ley divina,  
si no era el propio gusto y apetito,  
por carecer de ciencias y doctrina.

Mas el eterno Dios incircunscrito,  
por las causas que al hombre son secretas,  
fue reparando abuso tan maldito.

Dio al mundo (indigno de esto) los poetas  
a los cuales filósofos llamaron,  
sus vidas estimando por perfectas.

Estos fueron aquellos que enseñaron  
las cosas celestiales, y la alteza  
de Dios por las criaturas rastrearon:

Éstos mostraron de naturaleza  
los secretos; juntaron a las gentes  
en pueblos, y fundaron la nobleza.

Las virtudes morales excelentes  
pusieron en precepto; y el lenguaje  
limaron con sus metros eminentes.

La brutal vida, aquel vivir salvaje  
domesticaron, siendo el fundamento  
de policía en el contrato y traje.

De esto tuvo principio y argumento  
decir que Orfeo con su voz mudaba  
los árboles y peñas de su asiento;

mostrando que los versos que cantaba,  
fuerza tenían de mover los pechos  
más fieros que las fieras que amansaba.

Conoció el mundo en breve los provechos  
de este arte celestial de la Poesía,  
viendo los vicios con su luz deshechos,

Creció su honor, y la virtud crecía  
en ellos, así el nombre de poeta  
casi con el de Jove competía.

Porque este ilustre nombre se interpreta  
hacedor, por hacer con artificio  
nuestra imperfecta vida más perfecta;

Y así el que fuere dado a todo vicio  
Poeta no será, pues su instinto  
es deleitar, y doctrinar su oficio.

¿Qué puede doctrinar un disoluto?  
¿Qué pueden deleitar torpes razones?  
Pues solo está el deleite no está el fruto.

Tratemos, Musa, de las opiniones  
que del poema angélico tuvieron  
las griegas y romúlidas naciones.

Las cuales como sabias entendieron  
ser arte de los cielos descendida,  
y así a su Apolo dios la atribuyeron.

Fue en aquel siglo en gran honor tenida,  
y como don divino venerada,  
y de muy poca gente merecida.

Fue en montes consagrados colocada,  
en Helicón, en Pimpla y en Parnaso,  
donde a las Musas dieron la morada.

Fingieron que si al hombre con su vaso  
no infundían el metro, era imposible  
en la poesía dar un solo paso.

Porque aunque sea verdad que nos es factible  
alcanzarse por arte lo que es vena,  
la vena sin el arte es irrisible.

Oíd a Cicerón cómo resuena  
con elocuente trompa en alabanza  
de la gran dignidad de la Camena.

El buen poeta (dice Tulio) alcanza  
espíritu divino, y lo que asombra  
es darle con los dioses semejanza.

Dice que el nombre de poeta es sombra,  
y tipo de deidad santa y secreta;  
y que Ennio a los poetas santos nombra.

Aristóteles diga qué es poeta:  
Plinio, Estrabón, y díganoslo Roma,  
pues da al poeta nombre de profeta.

Corona de laurel, como al que doma  
bárbaras gentes, Roma concedía  
a los que en verso honraban su idioma,

dábala al vencedor porque vencía  
y dábala al poeta artificioso  
porque a vencer, cantando, persuadía.

¡Oh tiempo veces mil y mil dichoso  
-digo dichoso en esto-, pues que fuiste  
en el arte de Apolo tan famoso!

¡Cuán bien sus excelencias conociste,  
con cuánto acatamiento la estimaste,  
en qué punto y quilate la pusiste!

A los doctos poetas sublimaste,  
y a los que fueron más inferiores  
en el olvido eterno sepultaste,

de monarcas, de reyes, de señores,  
sujetaste los cetros y coronas  
el arte, la mayor de las mayores.

Y siendo aquesto así, ¿por qué abandonas  
ahora a la que entonces diste el lauro,  
y levantaste allá sobre las zonas?

Del Nilo al Betis, del Polaco al Mauro  
hiciste le pagasen el tributo  
y la encumbraste sobre Ariete y Tauro.

A Julio César vimos (por quien luto  
se puso Venus, siendo muerto a manos  
del Bruto en nombre, y en los hechos bruto.

En cuánta estima tuvo el soberano  
metrificar, pues de la negra llama  
libró a Marón, el Docto Mantuano.

Y en honor de Calíope su dama  
escribió el mismo la sentencia en verso,  
por quien vive la Eneida y tiene fama.

Y el Macedonio que del universo  
ganó tan grande parte, sin que agüero  
le fuese en algo a su opinión adverso;

no contento con verse en sumo imperio,  
del hijo de Peleo la memoria  
envidió, suspirando por Homero.

No tuvo envidia del valor y gloria  
del griego Aquiles, mas de que alcanzase  
un tal poeta y una tal historia;

Considerando que aunque sujetase  
un mundo y mundos, era todo nada,  
sin un Homero que lo celebrase.

La Iliada, su dulce enamorada,  
en paz, en guerra, entre el calor o el frío  
le servía de espejo y de almohada.

Presentáronle un cofre en que Darío  
guardaba sus unguentos, tan precioso  
cuanto explicar no puede el verso mío.

Viendo Alejandro un cofre tan costoso,  
lo acepto, y dijo: ¿Aquéste solo es bueno  
para guardar a Homero el sentencioso?

Poniendo a Tebas con sus armas freno,  
a la casa de Píndaro y parientes  
reservó del rigor de que iba lleno.

Siete ciudades nobles, florecientes,  
tuvieron por el ciego competencia;  
que un buen poeta es gloria de mil gentes.

Apolo en Delfos pronunció sentencia  
de muerte contra aquéllos que la dieron  
a Arquíloco, un poeta de excelencia.

A Sófocles sepulcro honroso abrieron  
los de Lacedemonia, por mandado  
expreso que del Bromio dios tuvieron.

Mas ¿para qué en ejemplos me he cansado  
por mostrar el honor que a los poetas  
los dioses y las gentes les han dado,

si en las grutas del Báratro secretas  
los demonios hicieron cortesía  
a Orfeo por su arpa y chanzonetas?

No quiero explique así la Musa mía  
los Latinos, que alcanzan nombre eterno  
por este excelso don de la Poesía;

los cuales con su canto dulce y tierno  
a sí y a los que en metro celebraron  
libraron de las aguas del Averno.

Sus nombres con su pluma eternizaron,  
y de la noche del eterno olvido  
mediante sus vigiliass se escaparon.

Conocido es Virgilio, que a su Dido  
rindió al amor con falso disimulo,  
y el tálamo afeó de su marido.

Pomponio, Horacio, Itálico, Catulo,  
Marcial, Valerio, Séneca, Avieno,  
Lucrecio, Juvenal, Persio, Tibulo,

y tú, ¡oh Ovidio!, de sentencias lleno,  
que aborreciste el foro y la oratoria  
por seguir de las nueve el coro ameno.

Y olvido al español que, en dulce historia,  
el farsálico encuentro nos dio escrito  
por dar a España con su verso gloria.

Pero ¿do voy, a do me precipito?  
¿Quiero contar del cielo las estrellas?  
quédese, que es contar un infinito.

Mas será bien, pues soy mujer, que de ellas  
diga mi Musa si el benigno cielo  
quiso con tanto bien engrandecedlas.

Soy parte, y como parte me recelo  
no me ciegue afición; mas diré solo  
que a muchas dio su lumbre el dios de Delo.

Léase Policiano, que de Apolo  
fue un vivo rayo, el cual de muchas canta,  
divulgando su honor de polo a polo.

Entre muchas, ¡oh Safo!, te levanta  
el cielo, por tu metro y por tu lira,  
y también de Damófila discanta.

Y de ti, Pola, con razón se admira,  
pues limaste a Lucano aquella historia,  
que a ser eterna por tu causa aspira.

Dejemos las antiguas: ¿con qué gloria  
de una Proba Valeria, que es romana,  
hará mi lengua rústica memoria?

Aquesta, de la Eneida mantuana  
trastocando los veros hizo en verso  
de Cristo vida y muerte soberana.

De las Sibilas sabe el universo  
las muchas profecías que escribieron  
en metro numeroso, grave y terso.

Estas, del celestial consejo fueron  
partícipes, y en sacro y dulce canto  
las Fébadas oráculos dijeron.

Sus vaticinios la Tiresia Manto  
de divino furor arrebatada,  
en versos los cantó, poniendo espanto.

Pues ¿qué diré de Italia que adornada  
hoy día se nos muestra con matronas  
que en esto exceden a la edad pasada?

Tú, ¡oh Fama!, en muchos libros las pregonas  
sus rimas cantas, su esplendor demuestras,  
y así de lauro eterno las coronas.

También Apolo se infundió en las nuestras,  
y aún yo conozco en el Perú tres damas  
que han dado en la poesía heroica muestra.

Las cuales...; mas callemos, que sus famas  
no las fundan en verso; a tus varones,  
¡oh España!, vuelvo, pues allá me llamas.

También se sirve Apolo de leones,  
pues han mil españoles florecido  
en épicas, en cómico y canciones.

Y muchos han llegado, y excedido  
a los griegos, latinos y toscanos,  
y a los que entre ellos han resplandecido.

Que como dio el dios Marte con sus manos  
al español su espada, porque él solo  
fuese espanto y horror de los paganos;

así también el soberano Apolo  
le dio su pluma, para que volara  
De el eje antiguo a nuestro nuevo polo.

¡Quién fuera tan dichosa que alcanzara  
tan elegantes versos, que con ellos  
los poetas de España sublimara!

Aunque loarlos yo fuera ofenderlos,  
fuera por darles lustre, honor y pompa  
oscurecerme a mí y oscurecerlos.

La Fama con su eterna y clara trompa  
tiene el cuidado de llevar sus nombres  
a do el rigor del tiempo no los rompa;

Y ellos también con plumas mas que de hombres,  
a pesar del olvido, cada día  
eternizan sus obras y renombres.

¡Oh España venerable, oh madre pía,  
dichosa puedes con razón llamarte,  
pues ves por ti en su punto la Poesía!

En ti vemos de Febo el estandarte;  
tú eres el sacro templo de Minerva,  
y el trono y silla del horrendo Marte.

Gloríate de hoy más, pues la proterva  
envidia se te rinde y da blasones,  
sin que los borre la fortuna acerba.

Y vosotras, antárticas regiones,  
también podéis teneros por dichosas,  
pues alcanzáis voto, como en otras cosas.

¿Dónde vas, Musa? ¿No hemos presupuesto  
de rematar aquí nuestro discurso,  
que de prolijo y tosco es ya molesto?

¿Por qué dilatas el difícil curso?  
¿Por qué arrojas al mar mi navecilla,  
mar que ni tiene puerto ni recurso?

¿A una mujer que teme en ver la orilla  
de un arroyuelo de cristales bellos,  
quieres que rompa al mar con su barquilla?

¿Cómo es posible yo celebre a aquellos  
que asido tienen con la diestra mano  
al rubio intonso dios de los cabellos?

Pues nombrarlos a todos es en vano,  
por ser los del Perú tantos, que exceden  
a las flores que Tempe da en verano.

Más, Musa, di de alguno, ya que pueden  
contigo tanto, y alza más la primas,  
que ellos su plectro y mano te conceden.

Testigo me será sagrada Lima,  
que el doctor Figueroa es laureado  
por su grandiosa y elevada rima.

Tú, de ovas y espadañas coronado,  
sobre la urna transparente oíste  
su grave canto, y fue de ti aprobado.

Y un tiempo fue que en tu Academia viste  
al gran Duarte, al gran Fernández digo,  
por cuya ausencia te has mostrado triste.

Fue al cerro donde el Austro es buen testigo  
que vale más su vena, que las venas  
de plata que allí puso el cielo amigo.

Betis se ufana que éste en sus arenas  
gozó el primer aliento, y quiere parte  
el Luso de su ingenio y sus Camenas.

Quisiera, ¡oh Montesdoca!, celebrarte;  
mas estás retirado allá en tu cama,  
cuando siendo a Febo, cuando a Marte.

Pero como tu nombre se derrama  
por ambos polos, has dejado el cargo  
de eternizar tus versos a la fama.

Del Tajo ameno por camino largo,  
un rico pescador las aguas de oro  
trocó por Tetis y su remo amargo.

Mas no pudo al Perú tanto tesoro  
ganar, sino ganando a ti, ¡oh Sedeño!,  
regalo del Parnaso y de su coro.

Ya el mundo espera que del grave ceño  
de Glauca el pescador tuyo le cante;  
mostrando el artificio de su dueño.

Con reverencia nombra mi discante  
al licenciado Pedro de Oña; España,  
pues lo conoce, templos le levante.

Espíritu gentil, doma la saña  
de Arauco (pues con hierro no es posible)  
con la dulzura de tu verso extraña.

La Volcánea, horrífica, terrible,  
y el militar elogio, y la famosa  
miscelánea, que al Inca es apacible;

la entrada de los Mojos milagrosa  
la comedia del Cuzco y Vasquirana,  
tanto verso elegante y tanta prosa,

nombre te dan y gloria soberana,  
Miguel Cabello y ésta redundando  
por Hesperie Archidona queda ufana.

A ti, Juan de Salcedo Villandrando,  
el mismo Apolo délfico se rinda,  
a tu nombre su lira dedicando;

pues nunca sale por la cumbre Pinda  
con tanto resplandor cuanto demuestras  
cantando en alabanza de Clarinda,

Ojeda y Gálvez, si las plumas vuestras  
no estuvieran a Cristo dedicadas  
ya de Castalia hubieran dado muestras.

Tal vez os las ponéis y a las sagradas  
regiones os llegáis tanto, que entiendo  
que de algún ángel las tenéis prestadas.

El uno está a Trujillo enriqueciendo,  
a Lima el otro, y ambos a Sevilla  
la estáis con vuestra musa ennobleciendo.

Déme su ingenio Juan de la Portilla,  
para que enlace su fecunda vena,  
que temo con mi voz disminuidla.

La antártica región que al orbe atruena,  
con Potosí celebrará su nombre,  
nombre que el cielo eternizarlo ordena.

Gaspar Villarroel, digo aquel nombre  
que a pesar de las aguas del Leteo,  
con verso altivo ilustra su renombre;

aquel que en la dulzura es u Orfeo,  
y un griego Melesígenes en ciencia,  
y en majestad y alteza un dios Timbreo.

Este, por ser quien es, me da licencia  
que abrevie aquí las alabanzas tuyas;  
que es símbolo el callar de reverencia.

Mas aunque tú la vanagloria huyas  
(que por la dar mujer será bien vana),  
callar no quiero, ¡oh Avalos!, las tuyas;

y cuando calle yo, sabe la Indiana  
América muy bien cómo es con Diego  
honor de la poesía castellana.

Con gran recelo a tu esplendor me llego,  
Luis Pérez Angel, norma de discretos,  
porque soy mariposa y temo el fuego.

Fabrican tus romances y sonetos  
(como los de Anfión un tiempo a Tebas)  
muros a Africa a fuerza de conceptos.

Y tú, Antonio Falcón, bien es te atrevas  
la Antártica Academia, como Atlante,  
fundar en ti, pues sobre ti la llevas.

Ya el culto Tasso, ya el oscuro Dante,  
tienen imitador en ti, y tan diestro,  
que yendo tras su luz, le vas delante,

tú, Diego de Aguilar, eres maestro  
en la escuela Cirrea graduado,  
por ser tu metro honor del siglo nuestro.

El renombre de Córdoba, ilustrado  
quedará con tu lira; justa paga  
de el amor que a las Musas has mostrado.

No porque al fin, Cristóbal de Arriaga,  
te ponga de este elogio, eres postrero;  
ni es justo que tu gloria se deshaga;

que en Pimpla se te da el lugar primero,  
como al primero que con fuerza de arte  
corres al parangón do llegó Homero.

De industria quise el último dejarte,  
Don Pedro ilustre, como a quien Apolo  
(por ser tú Carvajal) dio su estandarte.

Ni da el Perú, ni nunca dio Pactolo  
con sus minas y arenas tal riqueza  
como tú con tu pluma a nuestro polo.

Elpis Heroida, présteme la alteza  
de tu espíritu insigne, porque cante  
de otros muchos poetas la grandeza:

mas, pues humano ingenio no es bastante,  
saquemos de lo dicho este argumento,  
si es buena la Poesía: es importante

Ser buena por su santo nacimiento  
y porque es don de Dios, y Dios la estima:  
queda arriba probado nuestro intento.

Ser importante pruébolo: la prima  
siento que se destempla, y voy cansada,  
mas la razón a proseguir me anima.

Será una cosa tanto más preciada  
y de más importancia, cuanto fuere  
más provechosa y más aprovechada.

Es de importancia el Sol, porque aunque hiere  
con su rayos alumbra y nos da vida,  
creando lo que vive y lo que muere.

La tierra es de importancia porque anida  
al hombre, y así él como a los brutos  
les da, cual justa madre, la comida.

Todos los vegetales por sus frutos  
son de importancia, y sonlo el mar y el viento  
porque nos rinden fértiles tributos.

No solo es de importancia un elemento,  
mas una hormiga, pues su providencia  
al hombre ha de servir de documento.

Cada arte importa, importa cada ciencia,  
porque de cada cual viene un provecho,  
que es el fin a que mira su existencia.

Pues si una utilidad hace de hecho  
ser cada cosa de por sí importante,  
¿qué importará quien muchas nos ha hecho?

Es la poesía un piélago abundante  
de provechos al hombre; y su importancia  
no es sola para un tiempo ni un instante.

Es de provecho en nuestra tierna infancia,  
porque quita y arranca de cimiento,  
mediante sus estudios, la ignorancia.

En la virilidad es ornamento,  
y a fuerza de vigiliyas y sudores  
pare sus hijos nuestro entendimiento.

En la vejez alivia los dolores,  
entretiene la noche mal dormida,  
o componiendo o revolviendo autores.

Da en lo poblado gusto sin medida,  
en el campo acompaña y da consuelo,  
y en el camino a meditar convida.

De ver un prado, un bosque, un arroyuelo,  
de oír un pajarito, da motivo  
para que el alma se levante al cielo.

Anda siempre el poeta entretenido  
con su Dios, con la Virgen, con los Santos,  
o ya se baja al centro denegrado.

De aquí proceden los heroicos cantos,  
las sentencias y ejemplos virtuosos,  
que han corregido y convertido a tantos.

Y si hay poetas torpes y viciosos,  
el don de la Poesía es casto y bueno,  
y ellos los malos, sucios y asquerosos.

El lirio, el alhelí del prado ameno  
son saludables; llega la serpiente,  
y hace de ellos tósigo y veneno.

Por esto el ignorante y maldiciente,  
tanta seguida viendo, y zarabanda,  
infame introducción de infame gente.

La lengua desenfrena y se desmanda  
a condenar a fuego a la Poesía,  
como si fuese herética o nefanda.

Necio: ¿también será la teología  
mal, porque Lutero el miserable  
quiso fundar en ella su heregía?

Acusa a la Escritura venerable,  
porque la tuerce el mísero Calvino  
para probar su intento abominable.

Quita los templos adonde el Rey divino  
le ofrecen sacrificios, porque en ellos  
comete un desalmado un desatino.

Del oro y plata, dos metales bellos,  
condena el Hacedor excelso y sabio,  
pues tantos males causa el pretendellos.

Contra todas las cosas mueve el labio,  
pues todas, si de todas hay mal uso,  
hacen a Dios ofensa, al hombre agravio.

Si dices que te ofende y trae confuso  
ver en la Iglesia llenos los poetas  
de dioses que el gentil en aras puso,

Las causas son muy varias y secretas,  
y todas aprobadas por católicas,  
y así en las condenar no te entremetas.

Las unas son palabras metafóricas,  
y aunque mujer indocta me contemplo,  
sé que también hay otras alegóricas.

No es esto para ti: por un ejemplo  
me entenderá. Ya has visto en cualquier fiesta  
colgado con primor un santo templo;

allí habrás visto por nivel dispuesta,  
rica tapicería y tela de oro  
por más grandeza a trechos interpuesta;

habrás visto doseles, y un tesoro  
grande de joyas y otros mil ornatos,  
con traza insigne y con igual decoro;

habrás visto poner muchos retratos,  
y aun es el aderezo más vistoso  
en semejantes pompas y aparatos;

cuál sería de Alcides el famoso,  
otro de Marte y de la cipria diosa,  
y cual del niño ciego riguroso;

la prosapia de Césares famosa  
y el turco Solimán allí estaría,  
y la bizarra turca dicha Rosa.

Pues ¿cómo en templo santo, en santo día,  
y entre gente cristiana de almas puras,  
y donde está la sacra Eucaristía,

Se permiten retratos y figuras  
de los dioses profanos y de aquellos  
que están ardiendo en cárceles oscuras?

Permítense poner, y es bien ponédlos  
como trofeos de la Iglesia, y ella  
con esto muestra que se sirve de ellos.

Así esta dama ilustre cuanto bella  
de la Poesía, cuando se compone  
en honra de su Dios que pudo hacedla,

con su divino espíritu dispone  
de los dioses antiguos, de tal suerte,  
que a Cristo sirven y a sus pies los pone.

Más razones pudiera aquí traerte,  
¡oh ignorante!, mas siéntete turbado,  
que es fuerte la verdad como la muerte.

¡Oh poético espíritu enviado  
del cielo empíreo a nuestra indigna tierra,  
gratuitamente a nuestro ingenio dado,

tú eres, tú, el que hace dura guerra  
al vicio y al regalo dibujando  
el horror y el peligro que en sí encierra.

Tú estás a las virtudes encumbrado  
y enseñas con dulcísimas razones  
lo que se gana la virtud ganando.

Tú alivias nuestras penas y pasiones,  
y das consuelo al ánimo afligido  
con tus sabrosos metros y canciones.

Tú eres el puerto al mar embravecido  
de penas, donde olvida sus tristezas  
cualquiera que a tu abrigo se ha acogido.

Tú celebras los hechos, las proezas  
de aquellos que por armas y ventura  
alcanzaron honores y riquezas.

Tú dibujas la rara hermosura  
de las damas, en rimas y sonetos,  
y el bien del casto amor y su dulzura.

Tú explicas los intrínsecos conceptos  
de la alma y los ingenios engrandesces,  
y los acendras y haces más perfectos.

¿Quién te podrá loar como mereces?  
¿Y cómo a proseguir seré bastante,  
si con tu luz me asombras y enmudeces?

Y dime, ¡oh Musa!, ¿quién de aquí adelante,  
de la Poesía viendo la excelencia,  
no la amará con un amor constante?

¿Qué lengua habrá que tenga ya licencia  
para blasfemar, sin que repare,  
teniéndole respeto y reverencia?

¿Y cuál será el ingrato que alcanzare  
merced tan alta, rara y exquisita,  
que en libelos y en vicios la empleare?

¿Quién la olorosa flor hará marchita,  
y a las bestias inmundas del pecado  
arrojará la rica margarita?

Repara un poco, espíritu cansado,  
que sin aliento vas, yo bien lo veo,  
y está muy lejos de este mar el vado.

Y tú, Mexía, que eres del Febeo  
bando el príncipe, acepta nuestra ofrenda,  
de ingenio pobre y rica de deseo.

Y pues eres mi Delio, ten la rienda  
al curso con que vuelas por la cumbre  
de tu esfera, y mi voz y metro enmienda,  
para que dignos queden de tu lumbre.